

Françoise FURET: *El pasado de una ilusión*. Madrid. FCE, 1995; y Eric HOBBSBAWN: *Historia del siglo XX*. Barcelona. Ed. Crítica, 1995.

Ahora que traspasamos el milenio podemos constatar que la historia del siglo XX está jalonada de conquistas sociales y científicas extraordinarias, pero fraguada en una terrible pugna de ideas, de anatemas políticos que han generado dramas incomparables, liquidaciones, genocidios, guerras que hoy mismo no alcanzamos a comprender en la magnitud de su crueldad, de su devastación, de su saña inhumana.

Los dos libros que comentamos se acercan a esta historia sin soslayar la sensación de vértigo que produce su recuento, aunque alimentando la memoria con matices diferenciados. Furet se demora más en el papel de las ideas para ir al encuentro de los enfrentamientos y anclarse en el desarrollo del espíritu y de los sistemas comunistas. Hobsbawn acude a una llamada menos focalizada que valora más el comercio con los acontecimientos concretos que el trato preferencial con las ideas.

*El pasado de una ilusión* ofrece un estudio de las vicisitudes del movimiento comunista dividido en cinco grandes apartados: las ideas revolucionarias; el parentesco entre la revolución francesa y la revolución rusa; las relaciones de aproximación y de antagonismo entre comunismo y fascismo; la aceptación del común denominador totalitario de ambos sistemas; y la decantación ideológica proamericanista y neoliberal del autor que incide en una simplificación final de la andadura histórica que abarca el estudio.

La brillantez con que Furet aborda la construcción teórica de los ideales revolucionarios que prenden en el corazón del pueblo ruso y se extienden rápidamente por el continente europeo entre los sectores proclives al mensaje socialista corre de la mano de la experta comparación a que somete el gran acontecimiento soviético con la predecesora enseñanza revolucionaria francesa, que el autor domina con el protagonismo destacado que le otorgan sus ensayos sobre el tema.

Se pregunta, con razón, cómo el terremoto universal de 1917 ha podido terminar en nada, y cómo del entusiasmo y de la pasión revolucionarias se ha

pasado a la indiferencia, a la hostilidad y al olvido. Y este recorrido tortuoso que se despliega en los cinco primeros capítulos, arranca del trance mismo de la revolución como una imposición de la voluntad humana sobre la fatalidad histórica, del poder de las ideas sobre la determinación de los hechos, pero se topa con la inflexibilidad de una supuesta ciencia revolucionaria que se somete esa libertad de decidir a la inexorable demarcación de unas leyes históricas que, anunciadas por Marx, encuentran en Lenin a un propagador intransigente. Son estas contradicciones las que nos descubren las variadas identidades del proceso revolucionario. Su filiación con el legado jacobino, su entronque con las corrientes de la Ilustración, su parentesco con las tradiciones democráticas y liberales, pero también su oscuridad, su impenetrabilidad, su sectarismo.

Y esta última sería la veta que se afianza con el leninismo, y que produce una contrarrevolución en la revolución al poco de establecerse los soviets. Un ciclo que con Stalin adquiere tintes inimaginables de tragedia ya definitivamente perdida para cualquier intento de salvación. El historiador es implacable en su diagnóstico. Lenin es el primer responsable de la deriva hacia las persecuciones y el totalitarismo, disolviendo la Asamblea Constituyente, apenas tomado el poder, aplastando a sangre y fuego el levantamiento de la marinería en Kronstadt, en 1921, instaurando la dictadura del proletariado como instrumento único de filosofía política y práctica de gobierno.

El siguiente paso lo dará ya Stalin consagrando la fórmula del socialismo en un solo país e implantando progresivamente el terror en la disciplinación del partido y del pueblo soviéticos. Un pueblo, a juicio del autor, ajeno a decisiones y conspiraciones. El tránsito definitivo hacia la alienación revolucionaria se simboliza en la creación y persecución de enemigos mediante la que se sataniza a todo aquél que aun siendo de izquierdas no acepte ciegamente las consignas del partido. Furet acierta a denunciar este proceso que culmina en la campaña de acusación y batida contra el “socialfascismo”, que se materializa en un enfrentamiento obsesivo con los socialistas que enfilaría la ruptura irreparable de la izquierda, y el aislamiento y la esclerotización de la experiencia comunista.

Surge entonces en la mirada escrutadora del analista la figura del intelectual de izquierdas, compañero de viaje proclive, según él, a mantenerse fiel a la pureza de la idea, y reacio, sin embargo, a denunciar la práctica. Y más aún, presto a acusar al fascismo con la misma intensidad que a tolerar el stalinismo. Por ahí se adentra Furet en el terreno incierto, equívoco, de la connivencia, de la complicidad, de la equivalencia entre comunismo y fascismo. Y

la sutileza, la penetración traumatizada que hemos detectado en el libro para develar una parte de nuestra historia nunca suficientemente asumida, se torna, de pronto, en una visualización hiperideologizada que trata de demonizar la crónica completa de los avatares comunistas, de los condescendientes con cualquier dimensión de su existencia, buscando, hasta con descaro, un referente alternativo del bien que encuentra, claro está, en la parte antagónica del relato, en el sistema capitalista, en los viejos oponentes de la guerra fría. Y descubrimos entonces, hasta el resuello de un espíritu de cruzada que tiene un toque de oportunismo muy actual, cuando ya la tentativa comunista ha desaparecido del mapa y el neoliberalismo campa a sus anchas por doquier.

Se refresca la memoria con el ascendiente socialista de Mussolini y el adueñamiento del partido obrero alemán bávaro, por parte de Hitler, para profundizar en unas señas de identidad que el autor adapta a la medida de sus intenciones puesto que el nexo de unión de ambas ideologías no puede ser más refutable: su compartido y radical rechazo de la cultura democrática. Pero el tronco argumental posee una substancia extraída de la enjundia conceptual fascista, y se resume en el epíteto de totalitario. En efecto, la voluntad total de dominar sobre la sociedad, el rechazo total de las libertades, la vocación totalizadora del partido único, y la total disposición a gobernar mediante el terror parecen acercar los límites de ambos sistemas hasta extremos de intrincada diferenciación. Y en este sentido el ascendiente totalitario de unos y otros parece bastante obvio e indeseable.

Pero Furet utiliza estos rasgos aproximadores con un sesgo manipulador. Lanza el concepto de totalitarismo en el sentido propagandístico en que fue aireado en la guerra fría: como los dos son totalitarios, comunismo y fascismo son una y la misma cosa. Idéntica violencia, similar perversión, pareja inclinación colectivista. Olvida, eso sí, las víctimas de las campañas anticomunistas, los crímenes perpetrados en nombre de Occidente, las dictaduras sanguinarias amparadas por el sistema democrático, las atrocidades cometidas por las potencias coloniales. Y aun con todo, hay diferencias entre unas dictaduras y otras, entre unos totalitarismos y otros. El franquismo no fue igual que el nazismo, ni el régimen comunista fue lo mismo que el experimento hitleriano.

Furet lo sabe. Pero puesto al servicio de una batalla ideológica ya ganada enreda, se contradice. Echa mano de Hanna Arendt y de su ensayo sobre el totalitarismo para cumplir una misión purificadora en la que él mismo es protagonista de su ceremonia de exorcización. No en vano tuvo altas responsabilidades en la dirección del Partido Comunista francés cuando todavía sona-

ban los ecos de la marcha staliniana. Por eso retoma los coletazos del Pacto Germano-Soviético para hacer una interpretación discutible. ¿Firmó el acuerdo Stalin para sellar con su perversidad las afinidades del comunismo con el fascismo, como sostiene, o se avino a aquél entendimiento por razones tácticas para conseguir un plazo de tiempo que permitiera rearmar al ejército rojo y poder después derrotar al enemigo nazi, como así sucedió en la realidad?.

Es correcta, por lo demás, la denuncia de la utilización stalinista de la gesta que supuso la 'Gran Guerra Patria' y de la aureola antifascista de que se cubrió la Unión Soviética, para ocultar la tiranía que imperaba en aquella sociedad y encauzar las corrientes de protesta que surgían en Occidente vinculando capitalismo con fascismo y engatusando hacia una idealidad bolchevique inexistente a buena parte de los mejores intelectuales del mundo. Pero esta evidencia confunde también a Furet que no duda en extender su esquema al resto de los partidos comunistas. Y resulta un argumento particularmente deformador e injurioso tildar de fascistas a los comunistas franceses, italianos, españoles. Porque lo paradójico -que en este libro se nos oculta- es que los comunistas aniquilaron las libertades en la Europa del Este, pero fueron los grandes luchadores por la libertad en la occidental. Y en las dos partes, y esto ya no es ningún sofisma, fueron radicalmente antifascistas, aunque compartieran con los devotos de la camisa negra un similar y vituperable desprecio por las reglas democráticas.

Lo lamentable es que Furet pierde el sentido de la realidad, obcecado por el deseo de renegar del pasado, y se decanta explícitamente hacia las posiciones del otro bando en clave de opereta: el buen capitalismo y el gran modelo americano. Tal vez, su vinculación en los últimos años a la vida académica de aquél gran país con toda su fuerza de atracción, le ha cambiado la mentalidad, no ya en el sentido enriquecedor que tienen tantas cosas de la vida americana, sino en esa dimensión intelectual simplificadora, tan propia del pensamiento pragmático, que sólo considera bueno lo que es útil para sus fines, y trata como irrelevante y perjudicial cualquier complejidad, cualquier sutileza mental que guste de perderse en el culto a las ideas.

Ya que, en efecto, Furet adopta el molde simplista, muy alejado de los alambicamientos intelectuales europeos, que reducen historia a esquemas contrapuestos: blanco-negro, totalitario-democrático, bueno-malo. De ahí que en su condena del comunismo arrastre también al conjunto del socialismo, y exonere de cualquier mácula la límpida, ejemplarizante trayectoria del capitalismo, en cuya altísima versión neoliberal se reencuentra, por fin.

No sorprenderá, por tanto, la final tarascada que dedica a los intelectuales díscolos, “los Marcuse, los Althusser, los Foucault”, y a su postre mentor, el fallecido Mitterand: “Aprisionado durante algún tiempo en el último programa neobolchevique de la historia universal”. Menos mal que los nuevos filósofos “acabarán con esta inmunidad”.

El libro de Eric Hobsbawn estudia la confrontación entre comunismo y capitalismo desde 1914 hasta 1990. Y desarrolla el análisis en tres grandes apartados: las causas motivadoras de la revolución bolchevique; la guerra, y el stalinismo. El resto de la obra es un mero relato de acontecimientos diversos sin interés sobresaliente. En el libro observamos una perspectiva socio-histórica, mucho más que ideológica. Y al igual que en el estudioso galo debemos retener el largo compromiso con el marxismo del autor, si bien el curso del tiempo y los cambios acaecidos no parecen haberle impulsado a abjurar de su pasado, aunque sí a verlo con distancia.

Hobsbawn asume que la historia del siglo XX es el recuento de un sostenido conflicto, armado -desde 1914 hasta 1945-, y político, económico, social, cultural, que alcanza desde la Revolución de Octubre hasta la caída del muro de Berlín. Tan prolongado periplo genera una práctica belicista y una contracultura pacifista. Y de ésta, precisamente, se beneficia la revolución rusa, que se impone en nombre de la paz y abandera sus consignas, como Furet reconoce también. El comunismo y el socialismo se hicieron acreedores de un inmenso crédito entre las clases populares europeas que estaban hastiadas de las devastaciones de la guerra. De manera que siendo una de sus consecuencias, la revolución se volvió contra la guerra haciendo suya la enseña de la paz internacional.

La segunda causa motriz que ve en el estallido revolucionario se localiza en la explotación, en la miseria de grandes masas populares, señaladamente en Rusia, por su inmenso atraso. También en China la miseria y el sometimiento confluirán con los desastres de la guerra y de la invasión japonesa para encender la llama revolucionaria. Y ello, unido a la creencia general de que el capitalismo era incapaz de dar salida a los problemas económicos y sociales, que espoleó a los sectores más avizorados de Occidente en la necesidad de introducir profundas reformas intervencionistas para encontrar soluciones al malestar de las sociedades industriales. Keynes se convirtió en adalid de esta sensibilidad que en tiempos de la Gran Depresión obligaría a reformar la trayectoria del capitalismo a la vista de lo que entonces se consideraban éxitos de la URSS.

La asociación entre guerra, crisis, explotación, colonialismo e imperialismo se encuentra profundamente arraigada en la imagen del sistema capita-

lista que el historiador estudia con profusión y detalle a la hora de entender la pugna entre la revolución y el mundo occidental, y de encontrar explicaciones al prestigio creciente de la URSS. No es ajena a este halo la equiparación de comunismo con antifascismo que se va cimentando en los años veinte y treinta, y que, en algún sentido, instaura un ciclo de acción-reacción que no pasa desapercibida: el extremismo revolucionario comunista alentaría la vehemencia contrarrevolucionaria fascista, y a la inversa, que ayudaría a entender las turbulencias de la época.

En todo caso, Hobsbawm nos sugiere comprender la historia en su circunstancia para percatarnos de en qué grado el temblor apocalíptico de 1917 era visto por amplísimos sectores de las organizaciones trabajadoras y por los círculos críticos más influyentes de la intelectualidad como el advenimiento de una nueva revelación capaz de producir la catarsis más radical que la sociedad en decadencia necesitaba. Y con este ánimo defiende la tesis, constatado ya el fracaso de la experiencia, de la contribución de la revolución rusa al enraizamiento de una conciencia social que habría impulsado las reformas del sistema capitalista y la aceleración de las transformaciones entre los pueblos más atrasados.

Otra cuestión de diferente calado es la relación de dependencia y conculcación que el comunismo, y también el marxismo, mantienen con la cultura liberal. Se trata de un asunto de la mayor trascendencia porque ayuda a enfocar el origen del comunismo y del socialismo en el movimiento racionalista de la Ilustración, en el culto a la libertad, en la pasión revolucionaria por poner la historia al servicio del ser humano. Pero este origen compartido, lejos de unir -como hemos visto en Furet-, va a separar en la práctica, y va a convertir a los comunistas en transgresores de un comportamiento liberal que consideraba sagrados los derechos del individuo, el imperio de la libertad y de la ley, y el rechazo destemplado de la dictadura.

Y además, los hábitos totalitarios que los bolcheviques imponen, tras conquistar el poder, escinden irreparablemente a la izquierda anatemiando a los socialistas, como ya hemos comentado. Las alusiones de Marx al “cretinismo parlamentario”, y la necia ironía de Lenin preguntándose por la “libertad ¿para qué?”, no han podido tener consecuencias más funestas.

El segundo acto que aparece en el escenario de la obra es la guerra. El historiador nos dice al término de su estudio que “ha sido una era de guerras religiosas”, a pesar de que las más nefastas de sus religiones “el nacionalismo y el socialismo fuesen ideologías laicas nacidas en el siglo XIX”. Y que tienen dos vertientes. Una, ideológica, latente y prolongada, entre dos sistemas, y otra, abierta, que se desarrolla en la Segunda Guerra mundial. Ambos enfrenta-

mientos se entrecruzan en las páginas del libro, y se convierten, en realidad, en el eje sobre el que pivota el discurso..

La guerra larvada, empieza incluso antes de que acabe la primera conflagración mundial, cuando se produce el estallido revolucionario en Petrogrado, y las potencias occidentales inician un hostigamiento que no excluye la fugaz intervención directa, y que aprovechará en su beneficio las circunstancias del cruelísimo enfrentamiento civil que libraron revolucionarios y contrarrevolucionarios entre 1918 y 1920. Desde entonces, comunismo y capitalismo aprovecharán la menor oportunidad para combatirse mutuamente.

Sin embargo, la guerra de 1939 a 1945, se origina como una reacción contra el fascismo, y cambia el posicionamiento de las potencias mundiales, convirtiendo a revolucionarios y occidentales en aliados. Es en este marco en el que el autor afronta la cuestión de la naturaleza del fascismo con una claridad nada próxima a la ambigua percepción que campea por *El pasado de una ilusión*. Hobsbawm empieza desmintiendo el emparejamiento natural entre guerra y capitalismo, tantas veces aventado desde la propaganda bolchevique. Ya en el primer capítulo nos previene de las enormes pérdidas económicas de los países europeos que estuvieron en la confrontación, de la que sólo Estados Unidos obtuvo beneficios. Y en la misma línea desmitifica la supuesta alianza histórica entre capitalismo y fascismo. “El fascismo no era ‘la expresión de los intereses del capital monopolista’”, leemos, comentando una frase célebre. Y el acercamiento explícito entre fascismo y capitalismo sólo se comprende en la medida en que aquél protege a éste de las amenazas comunistas.

Pero la rivalidad entre comunistas y fascistas queda descubierta en una síntesis clarificadora que plantea el autor: el fascismo es contrario a los ideales de la Ilustración y al significado de la Revolución francesa. Aunque se proclame revolucionario no es, en realidad, más que revolucionario de la contrarrevolución. Surge y se afianza en corrientes completamente opuestas a la tradición liberal. Defiende una explícita jerarquización de la sociedad, y se opone, por tanto, a los postulados de la igualdad. Reivindica un belicismo militante y fomenta la cultura de la violencia, y además, en el caso del nazismo, se proclama racista. Pero, no obstante estas diferencias fundamentales, sí es preciso insistir, con el historiador -aunque niegue el carácter totalitario del bolchevismo-, en la práctica de un absolutismo totalitarista compartido por los dos sistemas, y en un común desprecio de la democracia y de los valores individuales.

En este plano sitúa Hobsbawm el entendimiento entre Stalin y Hitler en 1939, y la firma del Pacto Germano-Soviético, mediante el que la URSS recuperó los territorios que había perdido en 1918, se anexionó parte de Polonia y las repúblicas bálticas y usurpó por la fuerza una parte de Finlandia. Pero, en esta obra, el acuerdo se enjuicia, dentro de su gravedad, como una ralentización estratégica de un enfrentamiento despiadado que no tardaría en producirse. La agresión hitleriana y el desprecio racial de los eslavos, que los alemanes llevaron hasta sus últimas consecuencias, fue no sólo la base de la movilización contra el invasor, sino el elemento que aglutinó -inteligentemente utilizado por la propaganda soviética- el sacrificio y el esfuerzo gigantesco que supuso la llamada Gran Guerra Patria que, igualmente se reconoce que fue aprovechada por Stalin para legitimarse en el poder. No es casual, como nos recuerda Hobsbawm, que entre 1942 y 1945 fuera el único lapso de tiempo en el que Stalin dejara de practicar una política de terror contra su pueblo. Y es curioso, históricamente, que un tirano como él, contribuyera de una forma tan decisiva y paradójica, a salvar la democracia en el mundo. Y hay que recordar que entre un 10 y un 20 por ciento de la población soviética pereció en la guerra, como señala el autor.

El tercer acto de la escenificación corresponde al stalinismo. Hobsbawm salva -me parece que con demasiada generosidad- a Lenin de los males del bolchevismo, y acepta la piadosa versión de que el padre de la revolución no tuvo la culpa de su descarrilamiento en la vorágine de dogmatismo, terror y oscuridad en que se vio atrapada desde sus inicios. Fue a partir de 1923, desaparecido el gran ideólogo, cuando Stalin se alzó con el poder absoluto y comenzó la caza del hombre y la implacable persecución de cualquier atisbo de libertad. Hecha esta salvedad canónica hemos de decir que el historiador diagnostica, sin la menor concisión, la enfermedad letal del socialismo real, prácticamente, durante siete décadas.

El antiguo seminarista giorgiano, bautizado para la cuasa con el nombre de guerra que él mismo escogió en un gesto premonitorio, Stalin -"hombre de acero"- era un personaje diminuto, cuya estatura aparecía agigantada por la propagnada oficial, pero, sin embargo sí fue un círculo maléfico en el dominio de un poder autocrático que no encontró competidores en la administración vesánica de una ferocidad que marcó de manera indeleble la historia de la revolución bolchevique con una estela de miedo e impenetrabilidad imborrables.

En estas páginas se nos cuenta, por ejemplo, cómo entre 1934 y 1939 fueron represaliados cerca de cinco millones de militantes del partido, cómo medio millón de ellos fueron ejecutados sin juicio, o cómo de los 1827 dele-



gados que asistieron al XVIII congreso del PCUS, en 1934, sólo sobrevivieron 37 para poder asistir al Congreso de 1939. Y si esta degollina fue el resultado de purgas entre sus propios adeptos -en sólo cinco años-, admitiremos la cifra que se nos ofrece de la inmolación masiva de hombres y mujeres disidentes..., que se acerca, sino supera los 20 millones, hasta antes del comienzo de la Segunda Guerra mundial.

Se comprende así que el proyecto político que desarrolló el régimen soviético estaba condenado al fracaso. Hobsbawm detalla el anquilosamiento de la revolución, el pavor a apartarse de la línea oficial, la culpabilidad impagable de los jefes al proscribir la tradición democrática de la cultura de izquierda, lanzándose, sin embargo, en tromba por la senda jacobina del férreo centralismo, de la autocracia, de la crueldad. Y el mismo historiador reconoce que ya Lenin, al configurar el modelo de partido cerrado, volcado exclusivamente en la acción, había sembrado la semilla del mal que corroería el sistema.

Por eso, cabe pensar, con el autor, que la revolución socialista fue, en realidad, una quimera, y el sistema instaurado en su nombre, un modelo de capitalismo de estado, como ya se denunció desde el pensamiento crítico en los años treinta. Y también aquí encontramos una constatación de la catastrófica decisión de dividir el movimiento obrero internacional en 1920, y de hacer incompatibles los derroteros comunistas con los de los socialistas, hasta el punto de llegar a declararlos más peligrosos que los fascistas. Semejantes despropósitos no podían sino conducir al final que todos conocemos.

Pero fuera del espectro histórico comunista, esta obra adolece también de una simplificación que es la causa de que consiga interesarnos solamente durante seis o siete capítulos, de los diecinueve que la componen. Hemos disentido del enfoque reduccionista y aprovechado que Furet emplea en su observación, y no es este, en general, el reproche que le hacemos a Hobsbawm. Lo que nos abruma en su ensayo, al margen de lo ya comentado, es la cantidad de páginas y páginas que dedica a escribir una crónica que casi no levanta el vuelo de un relato periodístico. Su simplificación no tiene el tinte revanchista del estudioso francés. Es de carácter, más bien, sociologista. Se desmesura en cifras, estadísticas, en una pretenciosidad de resumir intrascendentemente todo lo que ha pasado en un siglo. Y esta intención globalizadora le dispersa hacia campos que carecen de interés, no porque sean irrelevantes, sino por la ligereza con que son tratados.

Luis SAAVEDRA